

LO VULGAR Y LO TRANSCENDENTAL EN “COPLAS DE UN GALÁN”

EDUARDO SANTIAGO RUIZ

UAM-IZTAPALAPA



En el folio 223 del *Cancionero general* de 1511 de Hernando del castillo, da comienzo un poema presentado por el siguiente paratexto: “Coplas de un galán que no se contentava de las cosas siguientes”. Está integrado por trece estrofas de ocho versos cada una y por el *cabo*, de nueve versos. Más allá de la simplicidad en la métrica, su estructura es verdaderamente sencilla. Otros poemas están integrados por distintas partes o en ellos se hace una relación de hechos o una exposición y contraste de argumentos para finalmente llegar a una conclusión; en otras palabras, en otros poemas, es notable una evolución del material poético. En contraste, en el poema que se analizará en este artículo, el tono, las figuras retóricas, los mecanismos de la rima y la métrica son exactamente iguales desde el principio hasta el fin. Y, justamente, debido al aprovechamiento de esta simplicidad es que el poema resulta tan efectivo.

La figura retórica por excelencia en este poema es la enumeración. Desde el primer verso hasta el último, el yo poético no hace sino una larga acumulación de elementos que le disgustan. No existe gradación en la fuerza de las ideas y más bien su efectividad se basa en el despliegue libre y caótico de elementos heterogéneos. El poema es una construcción hecha con pequeños átomos, cada uno de ellos mínimo e independiente de los otros. Entre ellos no existe mayor relación lógica que la de que son elegidos por la voz poética, ni otra articulación sintáctico-gramatical que la conjunción adversativa *ni*. Cada elemento de la enumeración abarca dos versos del poema y de no ser por la rima podrían intercambiarse sin alterar el significado del mismo. De ahí que haya que buscar las pistas para la interpretación del poema en el aparente caos que domina la organización de los elementos más que en su fortuito orden.

Es posible dividir las cosas que al galán no le agradan en dos grandes grupos: el de lo vulgar y el de lo trascendental. Lo más notorio es que elementos tan diferentes se encuentren enumerados unos junto de los otros sin el menor miramiento, como si entre ellos no hubiera diferencia o separación alguna. Este patrón, que insiste en aparejar los opuestos, es una constante en todo el poema. Por ejemplo, en la primera estrofa se lee:

No me pago del romero
que responde con gran yra
ni del que nunca suspira
su dolor si es verdadero
ni me pago del dinero
que a todos pone querella
ni me pago del barbero
quen guar dafeytar dessuella

Podemos escuchar hablar de las deficiencias de un barbero en la calle, en una taberna o en una barbería, pero fuera de esos espacios no tiene mayor repercusión o importancia. Se trata de un elemento vulgar por el tema que trata, pero además por la forma de hacerlo: se intenta caricaturizarlo mediante la exageración. Se hiperboliza el mal trabajo del barbero, una cortada, hasta transformarlo en un desollamiento.

La pequeñez del tema del barbero contrasta enormemente con los elementos trascendentales que integran esta misma estrofa. La voz poética demuestra que no sólo está interesada en lo inmediato y lo vulgar al criticar el excesivo amor por el dinero “ni me pago del dinero/ que a todos pone querella” Estos versos revelan un desprecio por lo material, debido a que el excesivo interés por el dinero provoca que el ser humano tenga problemas.

El otro elemento trascendental que se coloca junto a la necesidad acerca del barbero es que en los versos “ni del que nunca suspira/ su dolor si es verdadero” el yo poético se declara en contra de ocultar los sentimientos. Es frecuente que en este poema se descubra, como mecanismo

para provocar la risa, lo soez que pretende ser hermoso. Pero el caso de estos versos es el contrario. Critican al que es incapaz de ponerse en contacto con su dolor y expresarlo. Más allá de un simple ataque contra un taimado, se declaran a favor de no fingir ni ante los demás ni ante uno mismo. Gran parte de la belleza de estos versos radica en que el yo poético muestra una faceta muy humana —que contrasta con el cinismo y el desencanto tan patentes en otras partes del poema— al revelar su sensibilidad y sinceridad ante el dolor.

Lo que ya se ha dicho de la primera estrofa es aplicable a todas las demás: están dominadas por una disparidad en los elementos seleccionados. En la estrofa tercera se lee:

No me pago del rapaz
que por camino anda quedo
ni me pago de la paz
que se concierta por miedo
ni del vino ques azedo
aunque valga muy barato
ni me pago del rebato
hecho con poco denuedo.

Es posible interpretar la renitencia a comprar vino de baja calidad como una alegoría que recomienda no adquirir malos productos a pesar de su bajo costo. Sin embargo, estos versos pueden entenderse más como per-tenecientes a las recomendaciones de un ebrio que a un tratado de buena administración económica. Las connotaciones negativas del vino colocan inmediatamente a estos versos en el ámbito de lo vulgar. Son un ejemplo de un mecanismo mediante el cual el yo poético se autodenigra, ya que re-velan características bajas de sí mismo: lo hacen ver como un bebedor. Es notable que junto a esta caracterización tan negativa del yo poético y jun-to a esta reflexión vulgar acerca del vino se introduzca otra

que, por su profundidad, sería más propia de un filósofo que de un ebrio.

El elemento trascendental de esta estrofa es la paz. Lo más importante es la precisión que sobre ella hace. No es que la valore sobre todas las cosas, sino que le preocupa que no se alcance a través del consenso o la libertad, le preocupa que para lograrla haya que recurrir al miedo o, en otras palabras, a la violencia y la amenaza. Determinar si estos versos se refieren a una situación histórica en específico (quizás tenga que ver con la expulsión de los judíos o con el sometimiento posterior de los conversos) o si sólo se trata de una reelaboración de un tema literario requiere un análisis más detallado.

Otros ejemplos de elementos vulgares que no le parecen al yo poético son: en la segunda estrofa “No me pago de parida/ ca tercer día se levanta/ ni de puta conoçida/ que presume bevir santa”; en la cuarta “No me pago de doncella/ calada como melón/ ni me pego del varón/ que muere por amor della”; en la octava “ni me pago de la teta/ ques mayor que calabaza”; en la décimo tercera “Ni me pago de la fruta/ que dentro sea podrida/ ni me pago de la puta/ que trae saya rayda”. Los elementos vulgares intentan provocar la risa. Para lograrlo se valen de varios mecanismos. Uno de ellos, el más recurrente, consiste en mostrar lo malo y lo feo que se oculta bajo una máscara de virtud. El otro, en machacar lo que la sociedad considera indigno, bajo o denigrante. En este sentido, no es de sorprender que se ataque a los conversos “No me pago dellamigo/ en que ay más duna raça”; a los que tiempo después serían llamados pícaros “ni me pago del villano/ quen la gala sentremete” y, debido al machismo, a las mujeres.

Colocados dentro de la misma enumeración, podemos encontrar elementos completamente diferentes en tanto que a su trascendencia se refiere. Algunos ejemplos son: en la quinta estrofa “ni me pago del mo-chacho/ que buen castigo desdeña”; en la décima “ni me pago de sirviente/ ca su señor lisonjea/ ni del que gelo consiente/ por virtuoso que sea”; en la décimo primera “no me pago dellespada/ cal mejor tiempo es partida”; en

la décimo segunda “no me pago de la vida/ por do se pierde en pública plaça”.

Como es apreciable en los anteriores ejemplos, el yo poético da saltos sin mayor miramiento entre dos ámbitos completamente opuestos y reúne, sin mayor problema, fragmentos de uno y otro. No es posible encontrar un sentido recto a una selección tan abigarrada. Es sólo en la intención de reunirlos —que podemos intuir a través de su premeditado desorden— de la voz que así los dispone que todos los elementos cobran coherencia y profundidad. Lo heterogéneo y lo dispar es uno de los más elocuentes signos del poema. La facilidad y despreocupación que emplea para hablar de lo vulgar e insignificante es exactamente la misma que emplea para referirse a lo importante y trascendental. El yo poético se sitúa de esta forma en un espacio que no es ni vulgar ni trascendental: es ambos y ninguno al mismo tiempo. El poema intenta trazar una filosofía de vida pero no es un sermón o un regaño que se haga desde una esfera moral. Tampoco es una serie de insultos vulgares que sólo pretendan provocar la carcajada sosa. El desenfado con que el yo poético va de un lado a otro es una forma en que da cuenta de que se haya en un estado libre de toda censura y de todo prejuicio. Cualquier lector puede sentirse atrapado por esta franqueza que desborda el poema.

En la última estrofa se lee:

No me pago de lechugas
en enero que son frías
ni de las viñas erías
ni del árbol con orugas
Ni de moça con arrugas
ni de vieja ques florida
ni me pago del amigo
que me cubre con las alas
y me hiere con el pico

Tal parece que esta estrofa es la única en la que se ha vigilado con más rigidez la enumeración. Los primeros elementos son completamente vulgares. Por su parte, el último no sólo es trascendental sino que transporta al yo poético al centro mismo del poema. Hasta ahora, manifestarse en contra de algunas cosas le ha servido al yo poético para producir un discurso hilarante a la vez que crítico. Ha lanzado sus miradas hacia el exterior, lo que ha alejado las miradas del lector de sí mismo. De esta forma, el individuo queda oculto por su discurso. Paradójicamente, el poema también llama constantemente la atención del lector hacia el individuo que lo ha escrito. La primera persona y el reiterado uso del verbo *pago* en todos y cada uno de los elementos de la enumeración hace una inconfundible referencia a la individualidad y la subjetividad del que escribe. Esta contradicción genera una incógnita, una expectativa que se acrecienta: por un lado, la constante referencia al individuo enunciado; por el otro, su ausencia. Finalmente, en la última estrofa del poema, el yo poético sale a la luz de una forma inesperada. Se caracteriza a sí mismo víctima de la deslealtad de uno que se dice su amigo “ni me pago del amigo/ que me cubre con las alas/ y me hiere con el pico”. Esto modifica radicalmente el sentido del poema, ya que la crítica no se dirige a la falsa amistad en general, sino a una experiencia sufrida en carne propia. Por lo tanto, la crítica está hecha en un sentido mucho más personal, mucho más interno de lo que parece. La crítica que se elabora en todo el poema es fruto de una reflexión, de una interiorización, e incluso hasta de un sufrimiento de la materia que se critica. Todo lo anterior puede instituirse en la importancia de los elementos trascendentales y en la cercanía de los vulgares. Sin embargo, en este último verso se revela con todo su fulgor.

El yo poético se revela a sí mismo como superficial y desengañado, pero al mismo tiempo como sensible, esperanzado y profundo. No está caricaturizado o reducido, sino todo lo contrario: es complejo y sintetiza en él contradicciones y diferencias. Su complejidad, su franqueza, su sin-

ceridad, el sentido del humor que permea los elementos vulgares y la profundidad del yo poético cautivan inmediatamente al lector, y es sólo una de las razones de que este breve y olvidado poema sea digno de leerse y recordarse.

Bibliografía

CASTILLO, HERNANDO DEL (comp.), *Cancionero general. Recopilado por Hernando del Castillo, Valencia, 1511. Sale nuevamente a luz reproducido en facsímile por acuerdo de la Real Academia Española*; ed. Antonio Rodríguez-Moñino, RAE, Madrid, 1958.